

EN EL CAMINO A EMAÚS

SENTIRES SOBRE LA RELACIÓN ENTRE LA VIDA CONSAGRADA Y EL LAICADO EN LA COYUNTURA ACTUAL DE LATINOAMÉRICA Y EL CARIBE¹

*Juan Alberto
Casas Ramírez²*

Resumen:

El artículo presenta la percepción del autor sobre la Vida Religiosa en

la coyuntura actual de Latinoamérica y del Caribe y su relación con el laicado y la sociedad civil. Desde una clave pascual, se propone que la situación de conflicto, empobrecimiento y victimización puede significar una oportunidad sin igual para la renovación de la opción por el Reino de Dios, el surgimiento de nuevos carismas y la visibilización de la dimensión profética de todo creyente. Ello implica la apertura a una actitud permanente de revisión y resignificación sobre las relaciones entre la Vida Consagrada y el laicado en ámbitos tales como la comprensión de la vocación, del discernimiento, del seguimiento de Jesús, de la misión, de la cualificación teológica, de la llamada “acción pastoral” y del modo como se asume el servicio liberador hacia la población crucificada.

Palabras clave: Vida Consagrada; Laicado; Sociedad civil; Vocación; “Mujeres del alba”; “Varones del atardecer”

Introducción

Escribo estas palabras como bautizado no consagrado ni ordenado para compartir mi sentir sobre la relación entre las/os consagrados y las/os laicos en la coyuntura actual del Continente a partir de mi experiencia de varios años en el acompañamiento formativo a religiosas y religiosos, tanto desde la Conferencia de Religiosos de Colombia (CRC), como desde la Universidad Javeriana o desde el Cebitepal. Si bien mi mirada tiene

¹ El artículo corresponde a una adaptación de mi intervención en la *LXII Asamblea General Ordinaria de Superiores y Superiores Mayores Religiosos de Colombia* organizada por la Conferencia de Religiosos de Colombia (CRC) en el panel “Una palabra de la vida religiosa sobre la situación actual del país”, realizado el 29 de abril de 2023. Agradezco a mis estudiantes de la Pontificia Universidad Javeriana quienes han aportado varias ideas para el texto a partir de sus vivencias y conversaciones. Agradezco también a mi esposa Martha Galvis, a Héctor Lizarazo, de la CRC, y a Mónica Benavides, de la CLAR, por haber revisado el manuscrito y por haberlo enriquecido con sus invaluable comentarios, aportes y sugerencias.

² Doctor y Magister en Teología, Licenciado en Ciencias Religiosas. Profesor de Nuevo Testamento en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá, Colombia). Orcid: 0000-0002-4650-5456 Correo electrónico: jcasas.smsj@javeriana.edu.co.

como punto focal el caso colombiano, creo que una buena parte de las afirmaciones puede hacerse extensiva, con sus matices particulares, a los demás países de Latinoamérica y del Caribe.

El texto está organizado en dos secciones, la primera con algunos apuntes desde mi percepción en torno a la Vida Religiosa en Latinoamérica y el Caribe; la segunda, con algunos apuntes desde mi percepción en torno a la relación entre la Vida Consagrada, el laicado y la sociedad civil en nuestros países. Como los títulos de las secciones lo sugieren, quiero aclarar, de antemano, que hablaré desde mis percepciones que, en cuanto personales y externas, son subjetivas y pueden estar cargadas de cierto sesgo, por lo que invoco su comprensión y me someto a su corrección en caso de que sientan que estas no hacen justicia o que llegan a faltar a la verdad o a la caridad.

1. Algunos apuntes desde mi percepción en torno a la Vida Religiosa en América Latina y el Caribe

Quiero iniciar trayendo a colación un breve relato, recientemente publicado por la religiosa y teóloga española Pepa Torres en la página de *Cristianisme y justicia*:

Al amanecer del primer día de la semana, iban María Magdalena, María la de Santiago, Salomé y la otra María, de camino hacia el

sepulcro. Iban pesarosas, compartiendo su profunda tristeza, su desconcierto. Les sobrecogía la incertidumbre, la indignación por todo lo acontecido con Jesús. ¿Cómo había sido capaz de llegar el poder religioso a semejante ignominia?! Han matado a Jesús de Nazaret, se decían consternadas. Han matado a nuestro Maestro, repetían con perplejidad. Sin voz, sin palabra, sólo les quedaba el discreto papel que les había dejado el sistema patriarcal y clerical: ungüentar, amortajar, llorar, velar lo yerto, el cuerpo de su amado. Aun así, no perdieron su perfume, su aroma, su seña de identidad y se pertrecharon con toda clase de especias aromáticas para aplacar el olor a muerto, a podredumbre. Mientras caminaban hacia el sepulcro se decían unas a otras: "Ya no cabe esperanza en esta Iglesia; no es posible el cambio. "No sé" decía otra, todavía esperanzada. "¿De verdad crees que vamos a poder mover esta pesada losa?, ¡qué ingenua!" "¿Quién nos moverá la piedra de esta Iglesia jerárquica y clerical? Es imposible". "¿Quién nos moverá la piedra para entrar al sepulcro?"³

He tenido la fortuna de acompañar a religiosas y religiosos recién llegados a sus casas de formación. He sido testigo del brillo en sus ojos ante la novedad de su decisión; he

³Torres, "Resucitar la Iglesia desde las mujeres".

visto su entusiasmo por cambiar el mundo, por responder a su llamado carismático de manera alegre y esperanzada. Creo que, para muchas y muchos, ha sido una genuina experiencia de enamoramiento que, con el paso del tiempo, se ha traducido en un compromiso generoso y responsable por el Evangelio y por sus destinatarios privilegiados: los más empobrecidos, olvidados y descartados. He conocido de cerca y hasta convivido temporalmente con miembros de sus comunidades de afiliación, siendo testigo de primera mano de su coherencia de vida, de su resiliencia en medio de las crisis, de su confianza desmedida en la Providencia —que no se deja ganar en generosidad—, de su amor y servicio desinteresados a favor de los necesitados, desprotegidos y vulnerados. En ellas y en ellos, por su opción de vida comunitaria sororal y fraternal, se hace palpable que el Espíritu sigue soplando a pesar y en medio de una cultura cada vez más individualista y egoísta. Con ellas y con ellos me he unido al sentir de Tertuliano de Cartago en el siglo II: “miren cómo se aman”, y añadiría, “y cómo aman, porque viven en el amor”. Se nota que se han dejado encontrar por el Resucitado, como las mujeres del alba y como los varones del atardecer.

Pero también, en otras ocasiones, las y los he vuelto a encontrar al pasar el tiempo y me he sobre-cogido al percibir que algo de la chispa inicial se había perdido. El

brillo inicial había sido trastocado por una solemnidad y una seriedad casi fúnebres; su espontaneidad se diluía en formas, maneras y estilos de hablar, de vestir, de pensar y de actuar estereotipadas, robotizadas, uniformadas. Su deseo de cambiar el mundo se difuminaba ante un realismo obtuso que les decía que las cosas siempre han sido, son y serán así; que no hay nada por cambiar. El peso de la institucionalidad, como una piedra en el sepulcro, les había apabullado.

Algunos, ya entrados en años, llegaban a decepcionarse de su decisión o se hacían conscientes de que esa no era su vocación (que en realidad solo idealizaban la sensación de poder o buscaban escapar de la precariedad, de la falta de oportunidades y querían ayudar a sus parientes), pero no llegaban a “dar el paso al costado”, hacia eso que de manera temerosa y despectiva llamaban “el mundo”, con la excusa de que no sabrían qué hacer o cómo sobrevivir; entonces se “atornillaban” a sus comodidades y seguridades sin darse cuenta del daño que se hacían a sí mismos y a quienes en su entorno tenían que soportarlos.

Otros tantos habían perdido su autonomía y su capacidad de autodeterminación debido al constante martilleo de un discurso desfigurado sobre la obediencia en que otras u otros que, sin sonrojarse, se hacían llamar (o se dejaban llamar) superiores, superiores o directores

espirituales se arrogaban para sí el privilegio de ser los oráculos exclusivos de la voluntad de Dios imponiéndosela como destino a sus sumisos subordinados y eximiéndoles o coartándoles de sus derechos insustituibles a discernir, a decidir y a disentir con el pretexto de que “quien obedece no se equivoca”⁴. Si quienes nos dedicamos al estudio de la Biblia, considerada *norma normans non normata* y, junto con la Tradición, depósito de la Palabra de Dios⁵, debemos recurrir a unos procedimientos metodológicos, rigurosos y complejos para tratar de vislumbrar y de distinguir, desde la fe y en sintonía con el sentir de los demás integrantes del Pueblo de Dios, lo que puede ser palabra humana de lo que puede ser Palabra de Dios⁶, con el riesgo siempre presente de equivocarnos, es de admirar cómo algunos en la Iglesia se arrojan para sí y por su autoridad la capacidad de saber, con asombrosa certeza y sin mayor mediación, que lo que llaman “gracia de

estado”, cual es la Palabra o la voluntad de Dios para los demás.

En tales ambientes, quien llegase a opinar diferente, a criticar o a soñar, en lugar de ser tenida/o como una fresca y necesaria voz profética suscitada por el Espíritu, se hacía objeto de humillación, de burlas o de menosprecios, o simplemente sería ignorada/o o expulsada/o. Las preocupaciones allí ya no eran sobre el Reino de Dios y su Justicia, sino sobre “todo lo demás que se da por añadidura”: “ya no tenemos vocaciones”, “nuestras obras se están cerrando”, “nuestras comunidades están envejecidas”, “¿quién nos va a cuidar cuando estemos enfermas/os o ancianas/os?”, “¿Quién es el más importante entre nosotras/os?”, “nos van a empezar a cobrar impuestos”, “esta sociedad ya no nos respeta”, “¿cómo nos vamos a seguir sosteniendo económicamente?”, “¿cómo vamos a seguir ocultando esta situación de abuso o de corrupción al interior de nuestra comunidad para no generar más escándalos?” ... Allí, he llegado a percibir más temor que valentía, más atrinchamiento que deseo de salida, más acomodación que acogida a la novedad desinstaladora y desestabilizadora, pero vivificadora, del Espíritu. Como “las mujeres del alba” y como los “temerosos varones del atardecer que permanecían con las puertas cerradas”, las y los he visto vivir y sobrevivir como si solo fuesen a embalsamar a un cadáver, como si la esperanza hubiese quedado sepultada.

⁴ Llegué a saber, incluso, de alguna casa de formación en mi país en la que el rector convenció a los seminaristas sobre por quién debían votar y por quién no en las pasadas elecciones presidenciales. Los formandos, a su vez y respaldados por su reconocimiento social y religioso, hacían lo propio con la feligresía, sin saber, unos y otros, que podían estar cometiendo el delito de “constreñimiento al sufragante” (de acuerdo con el artículo 387 de la Ley 1864 de 2017 de la República de Colombia).

⁵ Concilio Vaticano II, “Constitución dogmática *Dei Verbum*, sobre la divina Revelación” 10.

⁶ *Ibíd.*, 12.

Como la pareja de discípulos que se aleja de Jerusalén a Emaús, van discutiendo entre sí sobre estas cosas sin darse cuenta de que alguien sigue caminando a su lado. Ese alguien ha sido crucificado y tiene en su cuerpo los signos de la muerte. "Pero sus ojos estaban retenidos" (Lc 24,15). Ese alguien es difícil de reconocer, porque difiere mucho de las imágenes plasmadas o grabadas en vitelas, vitrales, murales, yesos, mármoles, lienzos e íconos. Se presenta en carne viva, como campesino desplazado, como líder social desaparecido y asesinado, como mujer abusada, maltratada o prostituida, como migrante despreciado, como secuestrado olvidado, como anciano abandonado, como niño vulnerado en su inocencia, como desempleado sin oportunidades, como enfermo no atendido, como adicto sin apoyo, como persona en situación de discapacidad cuya sociedad no ha sido capaz de adaptarse a su condición, como trabajador explotado, como prisionero estigmatizado, como homosexual excluido, como indígena o afrodescendiente ignorados, como tierra deforestada y contaminada, entre muchos otros rostros. Como a Tomás, ese alguien les invita a mirar sus manos taladradas, a traer su mano y meterla en su costado (Jn 20,27); en palabras de Francisco al episcopado en su visita a Colombia, les invita "a no tener miedo de tocar la carne herida de la propia historia y de la historia de su gente"⁷.

⁷ Francisco, "Discurso a los obispos de Colombia (07-09-2017)".

Pues creer en el resucitado implica entrar en contacto con las llagas del crucificado. Solo el descentramiento —la salida de sí— posibilita que las escamas se caigan de los ojos para ver al resucitado, acoger el don pascual de su paz, recibir su soplo que crea nueva humanidad y salir alegremente a anunciarlo con la vida... como las mujeres del alba y como los varones del atardecer.

Creo que la situación de Latinoamérica y del Caribe ofrece una oportunidad sin igual para reencontrarse con el resucitado a través de tantas cruces y tantas personas crucificadas. Así como un buen número de familias religiosas nació como fruto de una experiencia carismática que buscaba responder de manera valiente y contracultural a situaciones críticas y caóticas de determinadas épocas, hoy, aquí en nuestros países, hay situaciones críticas y caóticas que, a manera de "momento kairótico", pueden posibilitar el resurgimiento de una experiencia carismática en la que quienes han optado por el seguimiento de Jesús (no solo en la Vida Consagrada, sino desde toda condición bautismal) "renueven su primer amor" escuchando el clamor de la divinidad presente en la población crucificada, y sintiéndose impulsadas e impulsados por el Espíritu para bajarla de sus cruces de forma valiente y resistente. Lo que está en juego no es simplemente la relación de la Vida Consagrada con la realidad contemporánea; es, en últimas, la coherencia de cada bautizada/o con su principio y fun-

damento, con la esencia de su propia vocación, con la fe que se dice profesar y que involucra siempre una dinámica de salida para más amar y para más servir.

2. Algunos apuntes desde mi percepción en torno a la relación entre la Vida Consagrada, el laicado y la sociedad civil en Latinoamérica y el Caribe

Hoy, para muchos ciudadanos (cristianos o no), la Vida Consagrada es vista como una realidad *queer* (rara), como un remanente del medievo expresado en maneras oscuras de vestir y en modos peculiares de vivir. Como difícilmente se la ve caminando con el pueblo, montando en bus, en chalupa o a lomo de mula, sino pasando al lado en cómodos vehículos, se asocia a formas elitistas de la religión institucional. En otros casos se admira y se venera como una opción valiente, pero inalcanzable e inimitable; en otros, por efecto de los escándalos, los abusos y su encubrimiento, se critica y hasta se rechaza, poniendo en tela de juicio su credibilidad. En otros casos, ya ni se mira; se desconoce o esta genera indiferencia. Todo ello se refleja en el modo como se observa el trabajo de la Vida Consagrada a favor de la paz: a veces se ve al sacerdote X o a la hermana Y liderando procesos de reconciliación o de acompañamiento a las víctimas y sus familias, pero da la sensación de que son iniciativas a título personal, individuales, con el ries-

go de desaparecer si desaparece quien las inspiró, mientras que las poblaciones se mantienen silenciadas, invisibilizadas, dependientes de que les digan qué hacer y qué no hacer, y mientras la congregación de origen de la religiosa o del religioso se mantiene al margen, muchas veces por temor al señalamiento o simplemente porque “ese no es su carisma”.

En una sociedad que sistemáticamente silencia a quienes piensan diferente y claman por una vida digna, más que considerarse voz de los que no tienen voz —porque nadie puede ser voz de nadie, porque todas las voces tienen el derecho de expresarse por sí mismas, porque aquí hasta los muertos y los desaparecidos siguen hablando—, la vida consagrada tiene la posibilidad de permitir que las voces silenciadas sean por fin escuchadas y amplificadas.

Como consecuencia, es necesario que quienes se hacen llamar religiosas/os nos devuelvan la condición de Vida Religiosa a todas las/os bautizados. Es decir que, en cuanto bautizados (es más, en cuanto miembros de la familia humana), la Vida Religiosa nos compete y nos envuelve a todas y a todos como dimensión antropológica basal y nuclear. Los consejos evangélicos (que no son consejos, sino imperativos) no pueden ser solo para unos pocos. En efecto, una de las razones de la pasividad y de la falta de compromiso laical en la evange-

lización y en la vida eclesial es que se ha asumido tanto de manera explícita en los documentos magisteriales⁸, como de manera tácita en la vida corriente, que los ordenados y las/os consagrados son quienes asumen el seguimiento de Jesús de un modo especial y exclusivo, mientras que las llamadas “ocupaciones del mundo” no nos permiten a las laicas y a los laicos ejercer el discipulado con la misma radicalidad.

Tal realidad se pone de manifiesto en las expresiones orales y escritas de las consagradas/os al hablar de su propio llamado como un privilegio por encima o separado de otros (que deviene de la misma etimología de la palabra “consagración”: hacer algo sagrado por vía de la separación de todo lo demás, que es profano) y en la reducción de los procesos de animación vocacional a la búsqueda (a veces desesperada) de posibles candidatas/os para engrosar las filas de las congregaciones o de los seminarios cada vez más disminuidos⁹.

⁸ Baste mirar, por ejemplo, el título del decreto en el que el Concilio Vaticano II habla sobre la renovación de la vida religiosa: *Perfectae Caritatis*.

⁹ Todavía estamos lejos de entender y de asumir la animación vocacional como el *acompañamiento permanente, personal y comunitario, a toda y a todo creyente, en su proceso de discernimiento de la Palabra y del querer de Dios para su vida y su misión*. Si, desde un *marco antropológico de la fe*, todo ser humano está en capacidad de apertura a la trascendencia para alcanzar el *sentido* último de su vida y desarrollar su misión en el mundo, desde un *marco teológico de la fe cristiana*, dicha capacidad se despliega por medio de la

Pareciese que el discipulado no es para las/os laicos, que solo podemos llegar a ser útiles para sostener, afirmar, justificar y reverenciar el “auténtico seguimiento” de las/os consagrados.

Al respecto, las últimas investigaciones sobre el Jesús histórico han encontrado que el movimiento discipular de Jesús tenía dos formas de expresión íntimamente ligadas de manera orgánica: los seguidores itinerantes, como los Doce o los setenta y dos, enviados a anunciar el Reino de Dios a las casas, a las aldeas y a las ciudades a través de la predicación, las curaciones y los exorcismos; y los seguidores esta-

escucha permanente de la *Palabra de Dios (Shemá)* por la cual las y los creyentes, se sensibilizan a la acción del *Espíritu (Ruah)*, discernen el *llamado* a comprometerse con el *Reino*, reconocen su *condición humana*, se abren a la acción de la *gracia*, descubren sus propios *carismas*, y libremente se encaminan al *discipulado* (seguimiento de Jesús) y a la *misión*. Tal comprensión, aunque lo implica, va mucho más allá del discernimiento de estados particulares de vida u opciones profesionales. Por ello, la acción eclesial en el campo de la animación vocacional no se puede reducir a la búsqueda y selección de candidatos para el ministerio ordenado o la vida religiosa. No se pretende que las y los acompañadas/os se adapten a un carisma en particular, sino que ellas y ellos descubran su propio carisma y lo lleven a plenitud poniéndolo al servicio de los demás. Ello implica que no se trabaja en función del propio carisma (auto-referencialidad), sino con miras a la plenitud del cuerpo de Cristo a través del servicio a cada uno de sus miembros, con especial atención a los miembros más vulnerables o adoloridos (según la perspectiva paulina de 1Cor 12,4-30 y Rm 12,3-13).

bles, como la familia de hermanos en Betania, que acogían a los itinerantes en sus casas, los apoyaban solidariamente e incorporaban el Reino de Dios desde la cotidianidad de su vida familiar y de sus oficios particulares¹⁰. No había un seguimiento más especial o más privilegiado que el otro, sino dos formas diferentes, pero complementarias y horizontales en que el Reino podía ser acogido y proclamado. Creo que la Vida Consagrada y la vida laical no consagrada podrían pensarse hoy de manera análoga a la de estas primeras comunidades.

Asimismo, si bien es cierto que hubo una tendencia academicista en la cual algunas/os religiosas/os llegaban a ser vistos como acumuladores compulsivos de títulos y estudios académicos para ganar autoridad y reconocimiento, pero perdiendo de vista que “no es el mucho saber lo que harta y satisface el alma”¹¹, he llegado a percibir en algunas comunidades un movimiento hacia el extremo contrario: cierto “anti intelectualismo” justificado con argumentos tales como que el estudio no es tan importante como la “acción pastoral” o que la cualificación académica no es indispensable para el ejercicio del propio carisma. De este modo, la Vida Consagrada corre el riesgo de dejar de estar a la altura de los grandes

debates de la ciencia y de la cultura perdiendo relevancia al momento de emitir una palabra desde la fe sobre los desafíos que enfrenta la sociedad. He encontrado algunas congregaciones de vida femenina que se resisten a enviar a sus religiosas a la universidad por el temor a que se retiren o que “pierdan la fe”; he encontrado algunas congregaciones de vida masculina en las que la formación filosófica o teológica se asume simplemente como un requisito canónico para acceder al ministerio ordenado, pero no “toca”, ni interpela, ni transforma la mente y el corazón de los formandos. No hay una auténtica vocación filosófica o teológica; y, aunque lamentable, no tiene por qué haberla; pero, al menos, sería deseable que dicha formación fuese asumida como parte integral de la opción por el Evangelio y por la comunidad de fe a la que se dice servir. Si la prioridad es la denominada “pastoral”, debería considerarse con seriedad que el pueblo santo de Dios merece ser acompañado por ministros sólidamente cualificados cuya palabra escuche, desafíe y transforme, más que generar aburrimiento, desesperanza o indignación debido a lo que llegan a afirmar desde los púlpitos o desde las cátedras. Si la opción por servir a la comunidad creyente es genuina, uno de sus criterios de verificación es la disposición de las/os consagradas/os a prepararse mejor para servir mejor.

En tal sentido, es necesario superar el esquema según el cual,

¹⁰ Theissen, *El movimiento de Jesús. Historia social de una revolución de los valores*.

¹¹ Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales* 2.

desde la teología, desde la Vida Consagrada, desde el episcopado o desde el Magisterio se emiten directrices, principios o líneas de acción de forma vertical para que quienes hacemos parte del resto de la Iglesia los apliquemos de manera sumisa, mecánica o acrítica. Una mentalidad sinodal exige una escucha activa horizontal abierta a todas las instancias, incluso las que están afuera o disienten de la Iglesia, no para “responder” en primer lugar a ellas, sino para dejarse interpelar y hasta convertir evangélicamente; todo ello con una atención especial al magisterio de los crucificados, de los empobrecidos, de las mujeres, de las víctimas, de los sobrevivientes y hasta de la misma tierra.

Es hora de superar esquemas colonialistas y bancarios en los que la misión evangelizadora llegó a ser entendida como proselitismo o como inserción temporal de las/os consagrados en sectores populares o rurales para asistir y adoctrinar a quienes consideraban ignorantes y para “normalizar” su vida cristiana y sacramental, manteniéndoles en un permanente estado de “minoría de edad”, en sentido kantiano¹², mientras que se servían de las elites como patrocinadoras de su llamada “misión *ad gentes*”.

He percibido parte de esta tendencia en la preocupación de algunos de mis estudiantes, que encierra cierta condescendencia

paternalista hacia el laicado, sobre cómo pueden “transmitir” los contenidos de sus cursos de teología al pueblo “de a pie” (como si hubiese otro pueblo viajando “en jet privado”) sin llegar a generar escándalo o pérdida de la fe. Paradójicamente, cuando participo en espacios de lectura popular y comunitaria de la Biblia, compartiendo los mismos criterios y perspectivas que socializo en las clases de la Universidad, el reclamo más común que recibo de las personas no es “esto es escandaloso” o “usted nos está quitando la fe”, sino “¿por qué nuestro párroco o el religioso no nos había dicho esto antes? Es algo que deberíamos haber sabido desde siempre”. De ahí que se refuerce el imaginario según el cual “hay cosas que la Iglesia no quiere (o no está interesada) que se sepan” y por ello un buen número de laicos prefiere buscar espacios de formación más estructurados en otras confesiones cristianas o son más propensos a ser “capturados” por los discursos integristas, fundamentalistas y milenaristas difundidos, incluso, por ciertos sectores de la catolicidad con mayor capacidad de propagación e impacto mediático. La teología, cuando es auténticamente una reflexión de fe sobre la praxis creyente, no escandaliza. Los escándalos por los que muchos cristianos “pierden la fe” son más fruto de la incoherencia, que de la teología.

No obstante lo anterior, si bien la metáfora del pastoreo tiene una amplia tradición en el campo bíblico y en la historia del cristianismo,

¹² Kant, “Respuesta a la pregunta: ¿Qué es la ilustración?”.

valdría la pena que se tuviesen en cuenta las críticas actuales a esta: la metáfora, surgida en un mundo agrario, ya no es entendida plenamente en contextos cada vez más urbanizados y pos-industriales; la imagen del “pastor”, identificada casi de modo exclusivo con el ministro ordenado, ha estado vinculada a imaginarios jerárquicos clericalistas que han concentrado la ministerialidad eclesial en el varón ordenado, relegando al resto del pueblo de Dios a actitudes pasivas o puramente colaborativas. Cada vez se toma más distancia respecto a la comprensión del laicado que expresaban las palabras de Eduardo Le Roy a inicios del siglo pasado: “los laicos, semejantes a los corderos de santa Inés, no tienen que hacer más que dos cosas: dejarse esquilarse y dejarse bendecir”¹³. El protagonismo y la preparación cada vez más visibles y autónomos (aunque no suficientemente reconocidos o apoyados) de las/os bautizados no

ordenadas, hacen que muchos ya no nos identifiquemos como “rebaño” y mucho menos, como “borregos”. Por ello, no hace falta que los ordenados y las/os consagrados “huelan a oveja”, pero sí que “huelan a humanidad”.

Adicionalmente, sin desconocer la importancia de las terceras órdenes o de las órdenes seculares, así como la vocación bautismal del laicado no puede reducirse a ser simplemente colaboradores del ordinario del lugar o del párroco de turno (comprensión que ha reforzado imaginarios y prácticas clericalistas), tampoco puede entenderse que su identidad laical adquiere sentido solo cuando llega a vincularse como colaborador, cooperador secolar o compañero apostólico de alguna congregación religiosa en particular.

Así como en alguna época se concibió a la filosofía como *ancilla* (sierva) de la teología, hoy todavía se corre el peligro de concebir al laicado como *servus* de la Vida Consagrada (y lo he percibido también en algunas comunidades de vida femenina con respecto a los ministros ordenados). Aunque he conocido y he formado parte de apuestas religiosas caracterizadas por el buen trato, por la confianza recíproca y por gestos de amabilidad y de acogida que contagian de su carisma y mueven a corresponder de manera espontánea con la misma generosidad ofrecida, también he sabido de obras regentadas por religiosas/os donde las laicas

¹³ A su modo, Pío X, retomando la “Constitución sobre la Iglesia”, del Concilio Vaticano I, escribió en 1906: “La Iglesia es esencialmente una sociedad desigual, que comprende dos categorías de personas, los pastores y el rebaño, los que ocupan un rango en los diferentes grados de jerarquía y la multitud de los fieles. Y dichas categorías son de tal manera distintas entre ellas que sólo en el cuerpo pastoral residen el derecho y la autoridad necesarios para ayudar y dirigir a todos los miembros. En cuanto a la multitud, no tiene otro derecho que el de dejarse conducir y, como rebaño dócil, seguir a sus pastores” (Pío X, *Carta encíclica Vehementer nos* 8). Se puede profundizar al respecto en Pikaza, Xabier. “¿Pastores de Iglesia? Una imagen peligrosa (M. Foucault, E.M Lozano”.

y los laicos padecen auténticas situaciones de explotación y hasta de acoso laboral, en que su trabajo no es debidamente remunerado o valorado o se les pide dedicar parte del tiempo debido a sus familias bajo el pretexto de ser una “opción por el Reino” que exige gratuidad y compromiso desinteresados.

A modo de conclusión

El 28 de junio de 2022, en su discurso con motivo de la entrega del Informe final de la Comisión de la verdad en torno al Conflicto armado interno en Colombia, el jesuita Francisco de Roux, presidente de la Comisión, preguntó “¿Por qué el país no se detuvo para exigir a las guerrillas y al Estado parar la guerra política desde temprano y negociar una paz integral? (...) ¿Qué hicieron ante esta crisis del espíritu los líderes religiosos? Y, aparte de los pastores y mujeres de fe que incluso pusieron la vida para acompañar y denunciar, ¿qué hicieron otros obispos y sacerdotes, y comunidades religiosas y ministros?”¹⁴. Ciertamente, en el conflicto, un buen número de víctimas, de victimarios, de mártires y de indiferentes eran bautizados, y toda la violencia ocurrió y sigue ocurriendo en un país que todavía se precia de llamarse católico, lo cual resulta sintomático sobre la autenticidad de la fe y su coherencia con las opciones vitales. Podría-

mos preguntarnos lo mismo sobre los demás países del continente en medio de sus problemáticas particulares. Creo que es tarea tanto de la Vida Consagrada, como del laicado no consagrado responder de manera conjunta a este examen de conciencia histórica. Si no estamos del lado de los crucificados, caminando y clamando con ellas y ellos desde el reconocimiento de nuestra propia vulnerabilidad, por más agua bautismal, hábitos, votos, pectorales o títulos que tengamos, nuestro cristianismo terminará por desenmascarse como una terrible farsa.

Aquellos crucificados siguen caminando a nuestro lado, en nuestras propias casas, en nuestras propias historias de vida, y nos preguntan ¿qué hablamos mientras vamos de camino (mientras el mundo vive la guerra, la pobreza, las injusticias, el desplazamiento)? ¿dejaremos que nos arda de nuevo el corazón mientras escuchamos sus relatos, que también son Palabra de Dios? ¿les dejaremos seguir de largo? ¿o les invitaremos a entrar a nuestra posada para partir el pan y para que nuestros ojos vuelvan a brillar por el reencuentro con el primer amor?

Bibliografía:

Concilio Vaticano II. “Constitución dogmática *Dei Verbum*, sobre la divina Revelación”. *Vatican.va*, https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican.va/

¹⁴ Redacción política, “Reviva el discurso del padre Francisco de Roux: convocatoria a la paz grande”.

tican_council/documents/vat-ii_const_19651118_dei-verbum_sp.html (consultado el 15 de mayo de 2023).

_____. Decreto *Perfectae Caritatis*, sobre la adecuada renovación de la vida religiosa. *Vatican.va*, https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_decree_19651028_perfectae-caritatis_sp.html (consultado el 15 de mayo de 2023).

Francisco. "Discurso a los obispos de Colombia (07-09-2017)". *Vatican.va*, https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2017/september/documents/papa-francesco_20170907_viaggioapostolico-colombia-vescovi.html (consultado el 15 de mayo de 2023).

Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2014.

Kant, Immanuel. "Respuesta a la pregunta: ¿Qué es la ilustración?". *Revista colombiana de psicología* 3 (1994): 7-10.

Pikaza, Xabier. "¿Pastores de Iglesia? Una imagen peligrosa (M. Foucault, E.M Lozano)". *Religion Digital* https://www.religiondigital.org/el_blog_de_x-_pikaza/Pastores-Iglesia-peligrosa-Foucault-Lozano_7_1457624229.html (consultado el 15 de mayo de 2023).

Pío X. *Carta encíclica Vehementer nos*. *Vatican.va*, https://www.vatican.va/content/pius-x/la/encyclicals/documents/hf_p-x_enc_11021906_vehementer-nos.html (consultado el 15 de mayo de 2023).

Redacción política, "Reviva el discurso del padre Francisco de Roux: convocatoria a la paz grande". *El Espectador*, 28 de junio de 2022. *El espectador*, <https://www.elspectador.com/politica/reviva-el-discurso-del-padre-francisco-de-roux-convocatoria-a-la-paz-grande/> (consultado el 15 de mayo de 2023).

República de Colombia. *Ley 1864 de 2017, sobre los mecanismos de participación democrática*. Secretaría Senado, http://www.secretariassenado.gov.co/senado/basedoc/ley_1864_2017.html (consultado el 15 de mayo de 2023).

Theissen, Gerd. *El movimiento de Jesús. Historia social de una revolución de los valores*. Salamanca: Sígueme, 2005.

Torres, Pepa. "Resucitar la Iglesia desde las mujeres". *Cristianismo i Justicia*. 9 de abril de 2023. *Cristianismo i justicia*, <https://blog.cristianismoijusticia.net/2023/04/09/resucitar-la-iglesia-desde-las-mujeres> (consultado el 15 de mayo de 2023).